

Victory, á la cabeza de la columna de la derecha y Collingwood sobre el *Royal Sovereign* marchando al frente de la columna de la izquierda, el almirante desciende de su cámara, toma la pluma y abre su alma ante Dios. Primeramente escribió esta oración sobre su diario:

«¡Plegue al Ser Supremo, ante el cual me postro en adoración, conceder á mi país, en el interés general de la Europa oprimida, una grande y gloriosa victoria, y haga por su gracia que esta victoria no se vea manchada por ninguna falta de parte de aquellos que van á combatir á triunfar! ¡Ojalá que la humanidad, despues de la victoria sea el rasgo dominante de la escuadra británica! En cuanto á mi persona concierne, entrego mi vida á quien me la ha dado, y que sus bendiciones caigan sobre lo que voy á emprender para servir fielmente á mi patria. Confío y abandono á él solo mi ser y la justa causa que me ha encargado defender en este día! Así sea!»

III.

Despues de esta invocación y de este sacrificio de su vida al Creador, Nelson, fijando su obstinado pensamiento en aquella que habia constituido las delicias y los remordimientos de su vida, pero cuya imagen se colocaba aun en aquel momento entre la muerte y él, escribió en su diario la nota siguiente en forma de testamento y de última réplica á su país:

Veinte y dos de octubre de 1805 á la vista de las escuadras combinadas de Francia y España y á unas diez millas de distancia entre nosotros.

«Considerando que los eminentes servicios de Emma Hamilton, viuda de William Hamilton, han sido de los mas grandes que yo sepa hechos al rey y al país, sin que haya recibido nunca por ellos recompensa alguna, ni de su país ni de su rey: la vez primera cuando ella obtuvo le comunicase la corte de Nápoles, en 1796, una carta amenazadora del rey de España á su hermano el rey de Nápoles, y cuya comunicacion puesta confidencialmente en noticia del embajador inglés, le hizo adoptar las medidas necesarias á la salvación de la Inglaterra contra la España: la segunda vez, cuando obtuvo por su ascendiente sobre la reina de Nápoles para la escuadra inglesa que yo mandaba, los socorros, los víveres y las municiones, sin los cuales aquella escuadra no se habria podido dar nuevamente á la vela para Egipto y destruir en Aboukir la armada naval de Bonaparte.

«Si hubiese estado en poder de uno recom-

pensar dignamente tales servicios, lo hubiera hecho y no habria invocado para ello la munificencia de mi patria; pero como esto es superior á mi poder, lego Emma Hamilton á mi país y mi soberano, como un legado que cumplir, á fin de que le den una situación conveniente á su rango en la sociedad.

«Lego tambien á la munificencia de mi país, á mi hija adoptiva Horacia Nelson, *Thompson*, y deseo que en lo futuro lleve tan solo los nombres de Horacia Nelson.

«¡Hé aquí las únicas mercedes que pido á mi rey y á mi país en el momento en que voy á combatir á sus enemigos!... ¡Que Dios bendiga á mi rey y mi patria, y á cuantos me son queridos en la tierra! ¡En cuanto á mi familia ne tengo necesidad de recomendarla aquí: ella será objeto, no lo dudo siquiera, de la mas generosa liberalidad!»

Nelson, despues de haber firmado esta nota, llamó al capitán de la *Victory* Hardy y al capitán Black Wood de la *Enryale*, y les rogó firmasen tambien este monumento de su cariño y de sus votos póstumos, á fin de que certificaran la autenticidad de esta página de su diario. Sus dos amigos firmaron conforme á su deseo.

IV.

Horacia Nelson, de quien hablaba en este testamento como de su hija adoptiva, era en realidad suya: tenia cinco años y vivia en Merton con lady Hamilton, su madre. Los últimos instantes de Nelson en Merton, se habian empleado por él en orar de rodillas ante la cuna de su hija dormida. Asociaba en su pasión á la niña y á la madre, y las lloraba de antemano al aproximarse su última hora. Semejante á Antonio rodeado de las estatuas de Cleopatra, é al mariscal Berthier, arrodillado bajo su tienda de campaña ante la imagen de la bella italiana á quien adoraba, Nelson tenia en su cámara el retrato de cuerpo entero de lady Hamilton, llevando otro en miniatura debajo de su uniforme y encima del corazón. Su amor, como el de los caballeros de la edad media, era una religion delirante de la belleza. En el momento en que se arrimaban los muebles del navio para el combate y en que sus camareros quitaban de las paredes de su galería el retrato de lady Hamilton para echarlo al suelo á cubierto de las balas: «¡Tened cuidado de mi ángel de la guarda!» les dijo mirando por vez postrera aquella imagen.

V.

Una vez tributados estos cuidados á cuantos debian sobrevivirle, Nelson, rodeado de sus

compañeros de armas mas adictos, subió sobre cubierta para no pensar mas que en el enemigo. Solo se observó en él una serenidad y una sangre fría intrépidas que contrastaban con su ardor impaciente y festivo al principiar una acción. No era el hombre inflamado por el entusiasmo en Aboukir, y que derramaba el fuego de su alma mezclándolo al fuego del cañon.

Veíase á la flota combinada adelantarse en orden apretado de batalla con una resolución y una rapidez que acortaban á cada ola las distancias, y que permitian no dudar ya de la batalla.

Nelson no parecia dudar, ni de la victoria para su país ni de su propia muerte: auguraba de antemano sus resultados con los oficiales: «¡Cuántos navios entregados ó echados á pique os parecerán un testimonio suficiente para nosotros de una gran victoria!» dijo sonriéndose á su amigo Black-Wood.—Doce ó quince,—respondió Black-Wood.—No es bastante, replicó Nelson; no quedaré contento á menos de veinte navios.»

Un poco antes de que las dos escuadras estuviesen á tiro de cañon, Nelson, que reservaba para el momento supremo la concisa arenga que tenia costumbre de dirigir á sus tripulaciones, hizo elevar á la cima del mástil del navio almirante, la consigna del día y de la batalla, anhelada por todos los marinos. Esta arenga, inmortal en la memoria de los marinos, no contenia mas que las tres palabras que conducen á los valientes á la muerte: «la patria, la confianza y el deber: *la Inglaterra confía que todo el mundo cumplirá con su deber.*»

Un grito de admiración y de entusiasmo saludó de navio en navio estas simples palabras, trasmitidas de un mástil á otro á través de los aires por toda la escuadra. El alma de Nelson, á quien solo el deber habia arrancado á su reposo, apelaba con varonil sencillez á ese sentimiento en los demas.

Fué comprendido y secundado: la imagen de la patria, la voz del deber, la confianza en el jefe pasaron al alma de los marinos. La historia ha conservado esta arenga militar, como un modelo del lenguaje de los héroes, al lado de la de Bonaparte en Egipto. El genio de los dos ejércitos y el carácter de los dos jefes se ven en estas dos alocuciones: «¡De lo alto de estas pirámides cuarenta siglos os contemplan!» habia dicho Bonaparte á sus soldados. «La Inglaterra confía que cada marino cumplirá con su deber» decia Nelson á su escuadra. Percíbese por la diferencia de frases y de emulación dirigidas á los dos pueblos, que el uno piensa en la gloria, el otro en el hogar de la familia. La gloria del inglés es su patria: la de los franceses el mundo. La celebridad fascina á los unos; el deber es bastante para los otros; la posteridad distribuirá segun los móviles y segun las obras.

VI.

«Y ahora, dijo Nelson al ruido de las aclamaciones que acogian su orden del día ante la batalla, nada mas puedo ya hacer; que el gran dispensador de los acontecimientos haga lo demas, segun su voluntad y segun la justicia de las causas. Le doy gracias en esta grande ocasion por poder cumplir yo tambien con mi deber!»

Llevaba sobre su uniforme teosolombado de generalísimo las cuatro placas de las condecoraciones con que habia sido premiado en el extranjero y en su patria. Estas condecoraciones lo señalaban al fuego de los tiradores franceses con que cubren los mismos las vergas, los mástiles y las cubiertas de los navios para disminuir las filas del enemigo. Sobre cubierta, los oficiales de Nelson, temblando por la vida de su jefe, que así se hacia blanco de los disparos enemigos, se comunicaban por lo bajo sus alarmas respecto á la existencia que las concentraba todas. Se animaban los unos á los otros para pedir al almirante que se quitase ó cubriese aquellas insignias; nadie, sin embargo, se atrevió á decirselo; recordaban que en otra circunstancia igual habia resistido indignado al pensamiento de escapar de esta manera á la muerte. «No, no, habia respondido, he ganado con honor estos signos de valiente, y con honor quiero morir llevándolos al pecho.»

Se le rogó únicamente que pensase en su calidad de general en jefe y que no se comprometiese el primero como un navio de vanguardia, en medio de la apretada masa de la escuadra combinada, permitiendo, con disminuir las velas, que el navio *Leviathan*, que seguia al suyo, tomase la delantera, recibiendo los primeros fuegos de los franceses. «Corriente, respondió sonriéndose; que el *Leviathan* me adelante si puede.» Pero al mismo tiempo mandó al comandante Hardy, su capitán de pabellon, forzar velas, y cayó como un huracán sobre la línea francesa. Sus capitanes abandonaron entonces la cubierta del navio almirante para volver cada uno á su buque. Al despedirles al borde de la escalera de la popa, apretó tiernamente la mano al capitán Black-Wood, diciéndole tristemente: «¡Que el Todopoderoso os bendiga! No os volveré á ver.»

VII.

Algunos instantes despues, la cabeza de la columna del almirante Collingwood, su segundo, que adelantaba una media milla por lo obli-

no de su marcha, á la línea mandada por Nelson, rompió la línea de batalla de los españoles y franceses. El navio *Royal Souverain*, montado por Collingwood, se precipitó sobre el navio español de tres puentes, el *Santa Ana*, y pegándose flanco con flanco á él, lo cubrió con su fuego, sus balas y su humo. «Valiente Collingwood, exclama Nelson mostrando aquel incendio en el centro del enemigo: mirad como lanza su navio en el fuego sin mirar ni atrás ni adelante, ni al lado suyo. Ya tenéis la senda abierta: velas desplegadas.»

Mientras Nelson gritaba así sobre la duneta de la *Victory*, Collingwood, ébrio por el fuego, enemigo de aquel foco de tempestades, gritaba por su parte, mostrando con su gesto á su capitán de pabellón, Rotherdam, el torbellino de humo que los envolvía. «¡Ah! ¡Y cuánto gozará Nelson si se hallase aquí!»

VIII.

No iba á tardar mucho en arrojarse á él. Ya las balas de los siete navios de la escuadra combinada pasaban sobre su cabeza, destrozaban sus velas y llovían sobre el puente del buque almirante. El primero que cayó muerto á sus pies, fué su secretario Scott, que hablaba con el capitán de pabellón, Hardy. Mientras se le apartaba para alejar el cadáver de la vista del almirante, una bala baja dividía por medio á ocho hombres sobre el mismo puente. «Esto es demasiado vivo para que dure mucho tiempo, dijo el capitán Hardy.»

El viento de un cañonazo le cortó la palabra y arrastró un grupo de marineros estacionado entre el capitán y él. Pero el navio almirante, mudo todavía, reservaba su fuego avanzando siempre. Se veía cañoneado á tiro de pistola á un tiempo mismo por el navio francés el *Formidable*, mandado por el capitán Lucas, por el *Boucentaure*, navio de tres puentes montado por el almirante Villeneuve y por el navio español la *Santisima Trinidad*, de ciento cincuenta cañones, la mas vasta fortaleza flotante que hubiese visto el mar. Hardy pregunta al almirante, cual de aquellos navios era preciso abordar cuerpo á cuerpo para romper aquella línea y abrir camino á su columna. «El mas próximo, le responde Nelson: poco importa. Escoged vos mismo.» Hardy manda al fumon que se dirija sobre el *Formidable* hasta chocar con él.

Los dos navios, despues de haber vomitado el uno contra el otro toda la metralla de sus costados, se chocan terriblemente como para romperse al abordaje. La fuerza del golpe y del viento, que se concentraba en aquella masa de velas confundidas hizo retroceder al *Formidable* y arrastró tras él al *Victory*. Los navios

que seguían á Nelson pasaron por la abertura que aquel vacío dejaba en la línea de batalla, y dividiéndose despues los unos á izquierda, los otros á derecha, separaron en grupos confusos la vasta línea formada por la flota combinada. La rapidez de sus movimientos, la seguridad de sus maniobras, la sangre fria de sus marinos, la agilidad de sus velas, multiplicaban á su voluntad y rápidamente por do quiera donde veían un navio que asaltar ó un buque inglés que socorrer; el mar y el viento, rebeldes á los demas parecían estar de inteligencia con estos señores del Océano. Nelson se fiaba ya á su instinto de la victoria, y no combatía sino por su propia gloria.

Villeneuve, rota ya su línea y arrastrado en el centro por Nelson y sus quince navios, llamaba en vano con señales repetidas á los cien navios de su escuadra de reserva, imprudentemente anulados para el combate. Estos navios, inmóviles y como petrificados por el estupor, contemplaban á gran distancia la estremidad de su general y de su armada, haciendo vanos esfuerzos para ganar el viento; otros, en gran número, separados de la línea, se dejaban alejar insensiblemente del campo de batalla, disparando desde lejos sus baterías impotentes, y no sabiendo, por falta de hábito y de impulso, arrostrar ó consumir una de esas temeridades heroicas que conducen á los navios contra todos los vientos al campo de batalla.

Sin embargo, algunos navios heroicos, animados por gefes de corazón de bronce, sostenían solos el choque de Collingwood y de Nelson. El capitán del *Formidable*, Lucas, digno de medirse con un héroe, habia cubierto de muertos y moribundos el puente del *Victory* antes de recibir su terrible choque. Obligado á cerrar sus baterías bajas del lado en que Nelson lo aplastaba con su mole, porque la convexidad de los dos navios, haciéndoles tocarse en la base, no dejaba entre ellos sobre cubierta mas que un espacio á través del cual casi podía combatirse cuerpo á cuerpo. Lucas se preparaba al abordaje y armaba sus mas intrépidos marinos para caer como el rayo en la primera coyuntura sobre el buque almirante. La carnicería tan inmediata entre aquellos dos navios inundaba de sangre sus cubiertas. Un humo pesado, que el viento no tenía ya fuerzas bastantes para disipar, rodeaba á los dos navios y á los mismos combatientes. Disparaban al azar en una noche alumbrada tan solo por los disparos de fasil y de cañón.

Pero en el momento en que el capitán francés arrojaba ya sus vergas sobre las orillas de ambos navios para formar un puente de escalas y abordar los flancos del *Victory*, un navio inglés, el *Temeraire*, mandado por el capitán Harvey, acudia al socorro de su almirante; y colocándose al costado del *Formidable*, lo demolia con sus cañones. Nelson, separándose entonces á la distancia de medio cable, unía sus fuegos á los del *Temeraire* contra el *For-*

midable, arrancaban su bandera y apagaba tres veces el fuego de aquel navio en la sangre de los franceses. Pero el *Formidable*, despues de un instante de silencio, ponía otras banderas á sus mástiles y abría de nuevo sus fuegos como un moribundo que no quiere ni piedad ni gracia. Sus tiradores dispersados sobre sus vergas, mantenían distantes á sus vencedores.

Villeneuve, durante aquel duelo entre Nelson y sus mas intrépidos navios, combatía á algunas oleadas de allí á bordo del *Bucentaure*. Uno de sus mástiles, enganchado al principio de la acción por un accidente marítimo en la galería de popa del coloso de la escuadra, la *Santisima Trinidad*, hacía vanos esfuerzos para desprenderse. Destrozado en aquella inmovilidad terrible por el *Victory* primero, y despues por otros cuatro navios de Nelson, aquellos dos navios armados de ciento sesenta cañones y tres mil combatientes, alejaban por explosiones de sus dobles costados, los navios que á cierta distancia querían destruirlos. Villeneuve, recobrando en la desesperación de su situación y en el ardor del campo de batalla, la resolución que se le acusaba de no haber tenido en el consejo, igualaba á Nelson en sangre fria, y en desafiar á la muerte desde la duneta de su navio. El fuego de aquellos cuatro navios parecía iluminarle y hacerlo mas grande sobre aquel escollo de la *Santisima Trinidad*. Se enturecía de no poder desprenderse para ir á llevar por sí mismo á sus navios inertes la acusación y la orden de tomar parte en el combate.

En vano exhortó al almirante español que mandaba la *Santisima Trinidad*, á que hiciése un supremo esfuerzo en el viento para separar los dos navios pegados; la *Santisima Trinidad*, cuyos mástiles destrozados por el cañón, no podían sostener ya las velas, permanecía como un tronco desmembrado, juguete de las olas y blanco de la metralla. Villeneuve veía cejar en torno suyo todos sus oficiales y seiscientos hombres de su tripulación: sus mismos mástiles caían uno á uno, llevando consigo las vergas, los pabellones, las cuerdas y sus últimas velas, lienzo funerario y atravesado por las balas de aquel cadáver de navio. Una bocanada de viento mas fuerte apartó por un instante la nube, tras de la cual el desventurado almirante no podía sino conjeturar el resto del combate. Apareció la mitad de sus navios, inmóviles espectadores de la lucha desesperada de su escuadra; hizoles señal de que bogasen hácia el fuego: eran en bastante número para cambiar la derrota en triunfo.

No comprendieron, al menos, no obedecieron la señal que los llamaba, y continuaron bordeando á la ventura de las brisas, y lejos del campo de batalla. Villeneuve, viendo el *Bucentaure* destrozado, arrasado como un ponton, próximo á sumergirse, pidió en vano una lancha á su tripulación y á la de la *Santi-*

sima Trinidad para volar él mismo hácia su reserva, y conducirla al combate: las lanchas, suspendidas á la popa, llenas de balazos, se abismaban al tocar las olas; su navio callado, no despedía ya mas que el humo, en vez del cañonazo de sus costados. Una lancha del navio inglés *Mars*, se aproximó impunemente para salvar su tripulación y recibir al almirante. Villeneuve, que no habia podido encontrar una bala para él en aquel diluvio, y á quien la desgracia reservaba para el suicidio, se rindió cuando no tenía ya ni un cañón á mano, ni una tabla bajo sus pies.

Los ingleses le recibieron como un enemigo desarmado, con respeto á su infortunio y su valor. El navio almirante español, la *Santisima Trinidad*, abandonado tambien por los otros siete navios que le seguían, se rindió despues de cuatro horas de un combate heroico, pero solitario. A la vista de la bandera inglesa enarbolada sobre aquel coloso, la reserva de la escuadra se dió á la vela hácia las costas de España.

IX.

Despues de la rendición de los dos navios almirantes, los ingleses cayeron con sus navios libres y victoriosos sobre el resto de la línea del centro, igual aun en número y en cañones al enemigo. La rompieron nuevamente con las maniobras mas impetuosas, y separándola en grupos de uno ó dos buques contra tres, dieron otros tantos combates como navios existían aun en la batalla.

Allí cada uno de los comandantes de estos buques, no teniendo que tomar consejo mas que de su flaqueza ó de su desesperación, se señaló aisladamente por timideces ó hazañas, que eternizando ó manchando su nombre no servían ya para la salvación, pero sí para la gloria de la jornada. El *Fougueux*, mandado sucesivamente por tres oficiales muertos uno tras de otro en su duneta, no se rindió sino cuando su puente se vió cubierto de cuatrocientos cadáveres; el *Pluton*, mandado por el capitán Cosmao, habia abordado al *Mars*, vencedor del *Bucentaure*, é iba á libertar á Villeneuve, prisionero á bordo de este navio, cuando sus dos mástiles cayeron ante los cañonazos de otros tres navios que acudieron en socorro del *Mars*.

El contra-almirante Magon, Aquiles de la flota combinada, bogando al encuentro de los ingleses, cuando su línea huía á la aproximación de ellos, precipitaba su navio sobre el *Tonnant*, de ochenta cañones, y ya iba á lanzarse á su abordaje, despues de heroicas maniobras, cuando el fuego de otros dos navios, pegados á sus flancos lo cubrieron de metralla, y le obligaron á retirarse sobre su duneta, tras

una muralla de cadáveres. Tres veces, con el hacha del abordaje en sus manos, rechazó á los ingleses, que habian invadido la mitad de su puente, tres veces los lanzó al mar. Herido en el brazo izquierdo, aun combatía con el derecho. Otro balazo le rompe la pierna, lo conducen al entrepuente para contener la sangre, pero dejando las aberturas del *Pluton* paso á la metralla hasta aquel asilo de los heridos, una bala le traspasa el corazón, y lo arroja muerto á los brazos de los que le sostenían. Su navio no se rindió sino despues de ser ya cadáver. Otros ocho sucumbieron con él.

El almirante Gravina, que mandaba en jefe la escuadra española, cae herido de un golpe mortal defendiendo con la sangre fria de su raza y de su nación el navio *Principe de Asturias* y el honor del nombre español, ilustrado por tantos otros soldados y marinos en Trafalgar. La tripulación del *Aquiles*, el último de los navios de Villeneuve, que lucharon hasta la desesperación, habia dejado durante el combate que prendiesen el fuego en sus puentes superiores; consagrado esclusivamente á lanzar la muerte contra el enemigo por sus baterías rasantes, no se ocupaba de la muerte que tronaba sobre su cabeza, y de las llamas que devoraban ya sus puentes y sus mástiles. La explosión era inminente; los navios ingleses se retiraban horrorizados y espantados huyendo de sus destrozos.

Los marineros del *Aquiles* continuaban disparando y arrojando al mar algunos pedazos flotantes de su navio: esperaban el postrer minuto para precipitarse al mar. El *Aquiles* estalló como un volcan en el vacío formado en derredor suyo, sepulcro voluntario de quinientos valientes. Los ingleses, fieles á la orden del día de Nelson, no permitieron que el odio sobreviviera al combate, y recogieron la tripulación sumergida en sus lanchas. Aquel trueno terminó la batalla en el centro de la acción.

El contra-almirante Dumanoir que podia reanimarla y tal vez disputar el honor de ella, se replegó lentamente con sus cuatro navios de alto bordo, cabeza de línea que no habia disparado un cañonazo; contentóse con prolongar la línea de los navios ingleses, medio desamparados tambien, y saludarlos con algunas andanadas, retirándose intacto y sin gloria del campo de batalla. No tuvo ni la fortuna de salvar aquellos navios que pensaba conducir á Brest, pues la escuadra Caswallis los apresó antes de haber doblado el cabo de Breña.

IX.

No se percibía ya mas humo que por cima del grupo de siete navios, donde el *Formida-*

ble luchaba cual desesperado contra el *Temeraire*, y el navio almirante de Nelson.

Se ha visto ya que el capitán Lucas del *Formidable*, pegado costado con costado al *Victory*, y cañoneado de popa á proa por otros dos buques enemigos, no podia hacer fuego con las baterías del costado en que Nelson formaba con su buque una especie de muralla, y el combate, casi cuerpo á cuerpo, habia llegado á ser entre aquellos dos navios un fuego de fusilería. El puente del *Formidable*, mas alto de un piso que el del *Victory*, dominaba con su batería superior la cubierta de Nelson. Los franceses ademas habian dispersado un grupo de tiradores en sus hurras, especies de planicies suspendidas á la mitad de la altura de los mástiles, y desde donde se puede disparar, cubriéndose como desde una trinchera; las balas, escogiendo desde allí sus víctimas, llovían sobre la tripulación inglesa, y especialmente sobre el grupo de oficiales designados á la muerte por sus insignias. El capitán Hardy acababa de ser herido despues de otros doscientos.

Nelson, señalado por sus condecoraciones y por las órdenes que se le veía dar, tenia los pies sumidos en la sangre de sus compañeros, cuando un cañonazo salido del *Formidable* le alcanza entre espalda y cuello, y lo precipita, como impulsado por una mano invisible, sobre el puente, bañado su rostro en sangre. Tres marineros y el capitán Hardy, que lo cubrían con sus cuerpos, se precipitaron para levantarlo, y él mismo, ayudándose con la única mano que le quedaba, se alzaba sobre una rodilla mirando á Hardy: «Soy muerto, amigo mio, le dijo: esta vez los franceses han acabado con Nelson.—Espero que no, respondió su amigo.—No esperes nada, replicó Nelson: la bala me ha partido la espina dorsal.» La contracción del espíritu y el calor de la acción concentraban de tal manera la vida en su pensamiento, despues del golpe mortal, que continuaba dando órdenes á Hardy y á los oficiales inmediatos á él, mientras se le trasportaba por la escala de popa á su cuarto, y como se percibiese de que las cuerdas que hacen maniobrar el gobernalle, arrancadas por la metralla, no habian sido reemplazadas, ordenó que se pusieran nuevas.

Al pasar por el entrepuente, lleno de sus marinos, se cubrió él mismo el rostro con el faldón de su uniforme, para que su muerte no desalentase á la tripulación. El entrepuente estaba cubierto de muertos y heridos, sobre cuyos cuerpos fué preciso abrir paso al almirante; colocóse sobre un lecho de campaña, en la habitación de los guardias marinos. Examinada la herida, no dejó esperanza alguna á los cirujanos: ocultóse sin embargo á todo el mundo, excepto al capitán de pabellón, Hardy, para no herir á la escuadra durante el combate con el golpe que hería á su jefe y á su alma. Con vencido él mismo por la sensación del golpe,

de que los socorros de los cirujanos le eran inútiles, mandó á estos lo abandonaran á su destino, y reservasen sus instantes y sus cuidados para aquellos á quienes pudiesen ser provechosos los auxilios. «¡Para mí vuestros socorros son inútiles!» Limitáronse, por tanto, á lavar su rostro, y á calmar con algunas gotas de agua la ardiente sed que le consumía.

Era extraño á lo que se paraba en derredor suyo, atento solo á los rumores y sucesos de la batalla, en la cual combatía aun desde su lecho de muerte; sin cesar preguntaba sus progresos y pormenores. A cada navio enemigo que se rendía, la tripulación del *Victory* lanzaba una aclamación de triunfo, y á cada una de estas exclamaciones un rayo de alegría brillaba en su semblante moribundo. El capitán Hardy habia subido á su duneta para mandar el fuego y las maniobras. «¿Dónde está Hardy?» decia Nelson; ¿por qué no viene? Sin duda está herido como yo, y me ocultan su muerte.» Hardy bajó al fin, despues de una hora de ausencia, cerca del lecho de muerte del héroe. Miráronse con lágrimas en los ojos estrechándose las manos en medio de un largo silencio.

«Y bien, Hardy, dijo Nelson á su capitán; cómo se declara la jornada?—Admirablemente, respondió el comandante del *Victory*: diez navios han abatido ya su pabellón; los demas combaten uno á uno ó se dispersan. Cinco tan solo parece quieren volver y amenazan nuestro navio (eran los de Dumanoir): he llamado en nombre vuestro cinco ó seis de los nuestros para destruirlos.—Espero, dijo Nelson, que ninguno de nuestros navios habrá abatido su pabellón?» Hardy le respondió que el honor de la escuadra vencedora estaba al abrigo de tal desastre. Tranquilo entonces respecto á su victoria, Nelson pensó al fin melancólicamente en sí propio: «Soy hombre muerto, Hardy, le dijo; me voy rápidamente. ¡Antes de poco Nelson habrá dejado de existir!» Su amigo le dió aun algunas vagas esperanzas, y estrechando de nuevo su mano ya fria, subió despedazado el corazón, á su puesto sobre cubierta.

XI.

Nelson conversó entonces respecto á su estado con el médico, que estudiaba todos los síntomas de la vida y de la muerte en las sensaciones del herido. «Siento aqui algo, le dijo Nelson poniendo su mano sobre el corazón, que me anuncia mi próximo fin.—¿Padecéis mucho? le preguntó el médico.—Bastante, respondió el herido, para que la muerte me parezca un alivio, aun cuando sin embargo, añadió con voz mas sorda, todo el mundo desea vivir un momento mas. ¡Ah, qué sería de la pobre

lady Hamilton si pudiese saber el estado en que me encuentro lejos de ella!» Su patria, su gloria, su fatal amor se disputaban sus últimos pensamientos.

Un instante despues Hardy bajó de nuevo con un semblante mas alegre, y cogiendo la mano de Nelson, le anunció al fin la victoria incontestable ya y completa. No podia aun, sin embargo, decir exactamente al almirante cuantos navios enemigos formaban los despojos de su triunfo; pero pensaba que al menos habia ya catorce ó quince navios entregados.—«Está bien: es un bello resultado, exclamó Nelson; no obstante, añadió con cierta pena, aludiendo á su conversacion de la mañana con Blackwood, yo habia apostado que serian veinte.» Despues, alzando la voz y precipitando las palabras: «Echad el ancla, Hardy, le dijo: abrigad la escuadra antes que llegue la noche.»

Hardy le dió á entender que este cuidado pertenecía ya á Collingwood, á quien su rango designaba el mando de la escuadra. «No, no, mientras yo respire no le pertenece, dijo con autoridad el almirante haciendo un esfuerzo para sentarse. Seguid mis órdenes; anclad: el ancla antes de la noche. ¿Os preparais á hacerlo?...» Habia previsto desde el amanecer una tempestad terrible para los vencedores y los vencidos en la inmediata noche, y el pensamiento de poner la escuadra en seguridad despues del combate, le asediaba sin cesar.

«No arrojéis mi cadáver al mar, añadió á Hardy; deseo reposar cerca de los míos en el cementerio del pueblo de mis padres; á menos, añadió pensando en los sepulcros de los héroes en Westminster, que no sea la voluntad de mi rey y de mi país disponer de otro modo de mis mortales restos. Pero sobre todo, mi querido Hardy, continuó con una ternura que la aproximación de la muerte redoblaba, ¡oh! ¡sobre todo, tened cuidado de lady Hamilton, velad, Hardy, sobre la infortunada lady Hamilton!»

Despues de un momento de silencio, y como para recibir de su amigo una prenda de la ejecución de sus últimos votos: «Abrazadme, Hardy, le dijo.—Hardy se inclinó y besó su megilla.—¡Bien! dijo Nelson, ahora estoy tranquilo: gracias á Dios, TAMBIEN YO HE CUMPLIDO MI DEBER.» Hardy, viendo que se cerraban sus párpados, permaneció todavia un momento escuchando la respiración penosa y rápida del moribundo: inclinóse de nuevo sobre el lecho y besó la frente del héroe. «¿Quién es?» exclamó Nelson entreabriendo sus ojos. «Es Hardy que se despide de vos.—Dios os bendiga, Hardy, balbuceó, procurando divisar el rostro de su amigo á través de las tinieblas de la muerte. Hardy subió á su puesto y no lo vió ya vivo.

XII.

El sacerdote oraba al pie de su lecho de muerte; Nelson lo vió y le hizo una señal de

reconocimiento, « ¡Ah! he sido un gran pecador. » Después de un largo silencio: « ¡Acordaos, dijo al sacerdote, que he legado la pobre lady Hamilton y mi hija Horacia a mi patria. Cayó al fin en un vago ensueño durante el cual se agitaban sus labios para articular palabras incompletas, en que los nombres de Emma, de Horacia, de patria, morían sin terminar en su boca. Después, haciendo un supremo esfuerzo, repitió distintamente tres veces las últimas palabras de su orden del día a la escuadra, aplicándose gloriosamente a sí propio: « ¡Gracias a Dios, YO HE CUMPLIDO CON MI DEBER! » y espiró valerosamente como había vivido.

Eran las cuatro y media de la tarde, y el último cañonazo resonaba en el mar: una salva contra el enemigo arrancaba su alma del campo de batalla, y lo saludaba en la posteridad que empezaba para el héroe.

XIII.

La noche y la tempestad se encargaron de terminar su victoria, pero el mar le disputó el precio de ella. Seis navios sin velas, sin mástiles, como los de los españoles y franceses, llevaban en sus cascos y en sus tripulaciones diezmadas la espionación de su triunfo. Apenas podían moverse en el oleaje, que arreciaba con el viento de la tarde. El almirante Collingwood, que había tomado el mando de aquellos restos y cubierto sus buques con el duelo que llevaba en su alma, en vez de anclar la escuadra como Nelson moribundo lo había proféticamente recomendado, empleó lo restante del día en sujetar los diez y siete navios que se habían entregado durante la victoria y en perseguir a los demas. La tempestad y las tinieblas le sorprendieron en esta persecucion.

El mar, el viento, el rayo, los escollos, hicieron aquella noche, el día y la otra noche que le siguió, mas terribles que la batalla misma. Los elementos conjurados se burlaron durante sesenta horas de aquellas tres flotas que la vispera cubrían con sus velas y banderas el Océano. Una parte de los navios apresados por Nelson, separados por las poderosas olas de los navios ingleses que los escoltaban, amarrados a sus cables, rompieron estos cables y se fugaron, arrojándose contra los escollos de Trafalgar. El *Bucentauro* pulverizado al chocar contra las rocas, el *Indomptable*, rotas por la noche sus anclas, ilumina el mismo con sus fanales encendidos en el puente su fúnebre carrera hacia la costa, y se sumerge con su tripulacion toda, no oyéndose mas que un grito terrible desde la roca llamada la *punta del Diamante*.

Collingwood, temiendo perder todos sus navios, incendió él mismo en el mar la *San-*

tísima Trinidad, la mayor hoguera flotante que haya visto el mar. Arrojó en ella los tres navios de tres puentes españoles, el *San Agustín*, el *Argonauta* y el *Santa Ana*, y el *Berwick* se sumergió él mismo con toda su gente. Los otros flataron al azar y fueron a encallar de bahía en bahía sobre las costas de Africa y de España. El almirante inglés condujo pensosamente los restantes a Gibraltar, encadenados al féretro de Nelson. Las velas de su patria reinaron solas durante largos y tristes años, sobre el Océano y el Mediterráneo. Mientras que Bonaparte conquistaba con sus armas la Europa occidental, Nelson había asegurado el mundo marítimo a su patria.

XIV.

El almirante Villeneuve, cautivo en Inglaterra, tembló ante la magnitud del desastre que había profetizado, pero que la acusacion de cobardía arrojada a su nombre por Bonaparte, le había hecho temerariamente afrontar. Bajo pretexto de estudiar la estructura del cuerpo humano, para ocupar los ocios de su prision, estudiaba friamente, con un hombre científico, el lugar y la organizacion del corazón. Cuando estuvo seguro de acertar, se abrió el corazón con una larga aguja que se clavó en él. Espiró como Séneca, con una muerte lenta, voluntaria y casi dulce, para impedir la vergüenza de vivir ó el suplicio de un tirano. Probó así a sus calumniadores y a su insultador con aquella muerte, como lo había probado en la batalla, que lo que mas había temido en aquellos encuentros desiguales, no era la muerte para sí propio, sino la derrota para su país.

XV.

La alegría de la mayor victoria naval, se vió consternada por el dolor que la muerte de Nelson causó a Inglaterra. La dominacion esclusiva de los mares pareció apenas a los ingleses una compensacion igual a la pérdida de su gran marino. Los colores de duelo cubrieron todos los buques, todos los puertos y todas las casas de Inglaterra, y su féretro fué el carro triunfal de la muerte. La multitud que asistió al desembarco de aquel féretro traído por el *Victory*, pulverizó en pedazos la primera caja de cedro que rodeaba la urna de plomo, y se distribuyeron aque las reliquias como las del dios mortal de la patria. Decretáronse funerales nacionales y le fueron votados monumentos impercederos. Sus estatuas se alzaron en

todas las grandes ciudades del reino. La nacion toda asistió a sus exequias y acompañó sus manes desde Greenwich hasta Westminster. Los sollozos sofocados de dos millones de hombres a su paso, fueron las aclamaciones de aquel triunfo del pesar.

El mismo Támesis parecía haber cubierto de negro sus ondas. Miles de embarcaciones, empavesadas de negro, seguían a la de su flotante catafalco, avanzaban lentamente al impulso de los remos cubiertos de paño negro, y manejados por marineros vestidos de negro. La música fúnebre se veía interrumpida por el cañon de los funerales. Los artilleros del *Victory* lo llevaban en sus brazos entrelazados hasta su tumba inmortal, bajo las bóvedas de Westminster. En el momento en que, segun la costumbre de las exequias de los almirantes, bajaron su bandera con su cuerpo al sepulcro, los marineros del *Victory* se precipitan sobre aquella bandera, la desgarran piadosamente en pedazos mil, y se la reparten para conservar por siempre sus pedazos como un talisman de la patria. El reconocimiento de los pueblos es la emulacion del heroísmo. La Gran Bretaña, mas grande en esto que Atenas y que Roma, multiplica sus grandes patricios, con honrarlos.

Concedió al hermano querido de Nelson un título de nobleza y un patrimonio de seis mil guineas de renta, diez mil guineas de renta a sus hermanas, cien mil guineas consagradas a la adquisicion de un patrimonio nacional para su familia. Lady Hamilton y su hija Horacia fueron olvidadas en aquellas munificencias y en aquellos honores. La Inglaterra no aceptó del testamento de su héroe sino lo que podía honrar su vida. Menos indulgente y mas religiosa que la Francia que celebró en Enrique IV, en Luis XIV y en Napoleon, las debilidades de los grandes, tanto ó mas que sus virtudes, la Inglaterra separa completamente, en aquellos

que la sirven, al hombre privado del hombre público; no populariza los vicios de sus héroes populares, se avergüenza de ellos y los echa un velo. La fama de Nelson espía y espia aun en Inglaterra las faltas de su vida.

El patriotismo y la decencia de esta nacion han dejado dos sombras sobre la memoria de Nelson: una mancha de vergüenza en el asesinato de Carracciolo; una sombra de inmoralidad en su amor hacia una favorita, a la que había dado los derechos y la publicidad de una esposa. Nadie ha intentado lavar estas manchas, y aparecen con tanta mas fuerza, cuanto la inmensa gloria del héroe atrae mas y mas las miradas de la posteridad y las acusaciones de la conciencia.

Lady Hamilton, reprobada por todos como la causa é inspiracion de las faltas y crímenes del Nelson, se perdió despues de la muerte del héroe en la oscuridad, de la cual su belleza la hiciera salir. Cayó desde el esplendor del vicio en la indiferencia, y de la opulencia en la miseria.

Un día, veinte años despues de la muerte del asesino de Nápoles y del héroe de Trafalgar, se supo que una muger desconocida, dotada de los vestigios de una admirable belleza que sobrevivian a los años y a las lágrimas, acababa de morir en tierra estrangera, en una aldea de las cercanias de Boulogne, en Francia, adonde había venido algunos años antes a buscar por un precio módico una oscura hospitalidad. Sus papeles mostraron, despues de su muerte, a los dueños de su casa, que aquella muger pobre y desconocida era lady Hamilton, la viuda de un embajador, la favorita de la reina de Nápoles, la querida de Nelson. Fué sepultada por la caridad pública. Nelson, al nombrarla en su testamento, solo le había legado el escándalo de su amor y la cólera de su patria.